*Recordando a Tim Buckley*

# "Father & Son" I

Javier Rodríguez C.

No son pocas las familias, clanes incluso, que han sabido insertarse en el mundo del espectáculo aprovechando un apellido famoso. Es así que, de pronto, nos topamos con hermanos, primos, cuñados, tíos segundos y hasta entenados, todos sacando tajada del estrellato consanguíneo, a veces sin merecer ni esos quince minutos de reflectores. Tampoco son infrecuentes los casos en los que la dinastía se hereda por línea directa paterna, recordemos cuantos artistas se nos ha presentado con el incomodo título de "el hijo de….". Pero tal no es el caso de los Buckley, Tim y Jeff, padre e hijo, ambos grandísimos e influyentes músicos por derecho y mérito propio.

Dudo que sea necesario encontrar un justificativo para dedicarle un artículo a cualquiera de ellos dos, mucho menos si se trata de ambos, en tal caso hasta un par de artículos podría dejarnos cortos. Sin embargo, no está demás recordar que en este 2007 recordamos, el 29 de Mayo, una década del fallecimiento de Jeff, y hace algunas semanas, el 14 de Febrero, pudimos conmemorar lo que habría sido el sexagésimo cumpleaños de Tim Buckley. Más allá de cualquier consideración de este tipo, y sin mayores preámbulos, contemplemos fragmentos de la cautivante historia familiar de los Buckley.

El hecho de que Jeff Buckley haya sido "descubierto" como músico interpretando la emotiva *"I never asked to be your mountain"*, escrita por su padre cerca de veinticinco años antes, y dedicada a Jeff y su madre Mary Guibert, en una actuación que se llevó a cabo en un homenaje que se le rindió a Tim Buckley en 1991, me parece una de las más sentidas "coincidencias" en esa extensa serie de paralelismos y convergencias que unen a Jeff y su padre. "No es un trampolín", se apresuró en aclarar Jeff, cuando subió al escenario, todavía músico aspirante; "es una forma de rendirle mis últimos respetos a mi padre", un padre que apenas conoció (murió antes de que Jeff cumpliera 9 años), un padre a cuyo funeral no pudo asistir. Esa noche Jeff dejó de ejercer de rocola humana en diminutos cafés neoyorquinos y se reconcilió definitivamente con el legado de su progenitor.

## *El nombre del Padre*

Es imposible encontrar una semblanza de Tim Buckley que no contenga las palabras "vanguardia", "personal" o "artista de culto". Hijo de un veterano de la segunda guerra mundial tullido en combate, Tim, que había nacido en Nueva York, creció en California, escuchando música country y aprendiendo a explotar su naturalmente perfecta voz de cuatro octavas (hay quién asegura que llegó a tener hasta un rango de cinco octavas y media), imitando a los *crooners* de salón, como Nat King Cole o Johnny Mathis, grandes de la balada *lounge*. Ya al salir de la secundaria su voz se había consolidado, al punto de permitirle emular el sonido de una trompeta, reflejando su reciente interés por el jazz, especialmente por la innovadora vertiente explorada por Charles Mingus y Miles Davis.

Con 17 años Tim Buckley, descubriendo que el country no era lo suyo, se aprestaba a incursionar en la entonces pujante escena folk.

Su disco debut, lanzado en 1966, pareció la aventura de otro inocuo artista en el popularísimo genero del folk rock. Pero Tim Buckley ofrecía muchísimo más que los convencionales y emasculados *folkies* que ya comenzaban a proliferar. Sus letras, co escritas por Larry Beckett, erudito escritor y amigo de infancia de Tim, lo postularon para las inevitables comparaciones con Bob Dylan. Tenía el mismo aspecto esmirriado, de artista hambriento, como también la inteligencia y hermetismo del bardo de Duluth, una cabellera incluso más prominentemente rizada que la de Bob, se vestía casualmente y no había adoptado el estrambotismo estético del *flower power*; además que demostraba suficiente integridad artística como para rechazar cualquier alabanza hiperbólica, sin sonar hipócrita. Es más, Buckley tenía en su voz, lírica y dominante, un instrumento con el que ningún otro músico contaba.

Muy poco tiempo tardaría Tim en abandonar los ensambles barrocos y la orquestación profusa de su primer álbum. Así sería que en sus siguientes discos experimentaría con tonos psicodélicos (principalmente bajo influencia de su productor), se aventuraría luego con el jazz vocal, etc. Convencido de que el camino artístico es el de la evolución continua, ya que no tiene sentido repetir lo que uno ya ha hecho, para desconcierto de su discográfica, Buckley se resistió a abrazar algún género particular y se acomodó en la misma sección que Zappa y otros innovadores: el rock experimental, el *avant – gardism* . Con esta apertura podría garantizarse suficiente libertad creativa para seguir persiguiendo su personal musa, mientras declinaba cualquier atisbo de rentabilidad económica. “Puedo ajustarme a un gasto estrecho”, aseguraba.

Fracasaríamos inapelablemente si tratamos de elegir el “mejor” disco de Tim Buckley, o si buscásemos su álbum más popular. El folk-jazz (etiqueta inventada por defecto, para ira de puristas y críticos) que practicó Buckley, alcanzó su mejor estado de forma en tres discos, fundamentales para comprender la diversa trayectoria del músico. *“Happy Sad”*, *“Goodbye & Hello”* y *“Starsailor”*. En estos álbumes nos encontramos con Buckley en perfecto control de su voz de contra tenor, empleándola como un conjunto de vientos, dejándola fluir, desbordar, desvanecerse, invadir; escribiendo sus letras fonéticamente, pues las palabras, en la música, no tienen sentido *per se* (decía Buckley: “un poema es un poema y una canción una canción”), sobrecogiendo con composiciones honestas, vulneradas por un dolor extremo, pero sin arrepentimiento, más bien de tonos añorantes. Francamente, cuesta intentar describir con palabras la violenta, como tierna, belleza de su música.

Pero ni estos discos, sus más sólidos e innovadores, tuvieron éxito comercial. Y es que, entre uno y otro Buckley se empeñó en desconcertar a sus fanáticos, utilizando su enorme talento en personalísimos ejercicios de jazz, soul desnudado y baladas líricas minimalistas. Tamaña diversidad probó ser difícil de digerir. Entrando a los setenta Buckley parecía hacer música para sí mismo y ya ni siquiera sus conciertos, impredecibles al extremo, ofrecían cierta rentabilidad para el músico, o atractivo para el público. La riesgosa decisión de lanzar tres discos casi en simultáneo terminó obligando a Buckley, para solventar su paupérrimo estado financiero, a grabar temas ajenos y a aceptar propuestas de discos cada vez más

convencionales. A pesar de ello, su aventura con el pseudo funk blanco es particularmente débil, cosa que tampoco le ayudó a recuperar ni el favor popular ni el interés de la crítica.

Para sus últimos tres álbumes, experimentos de soul-groove, de rock desteñido o de blueses campiranizados, Tim Buckley se veía acabado, tanto artística como personalmente. Víctima de una terrible depresión, despojado de su atractivo apolíneo, prematuramente envejecido, en la bancarrota y estigmatizado por haberse "vendido" al acceder a grabar discos alimenticios, naturalmente menos experimentales o artísticamente ambiciosos, Tim afrontaba con lentitud los últimos días de su vida. Ya no le quedaba dinero ni fanáticos. El hombre que había temido los afectos (para evitarse el tener que perderlos) se hundía en un destino inevitable.

En un desenlace que no sorprendió a nadie, con apenas 28 años, Tim Buckley fallecía a causa de una sobredosis de heroína, barbitúricos y alcohol. Se dice que aquella letal combinación fue un accidente, que se dio entre una bravata y la mala reacción de su organismo a una noche de excesos. Sus últimas palabras citaron un famoso blues, *"Bye Bye Baby";* se extinguía con él un joven músico, en proceso de constante desarrollo, extraordinariamente dotado y tan incategorizable que no había formula para replicarlo. Pasarían casi tres décadas hasta que alguien pudiese tomar el testigo. Quien lo hiciera no sería otro que Jeff Buckley, su hijo.